

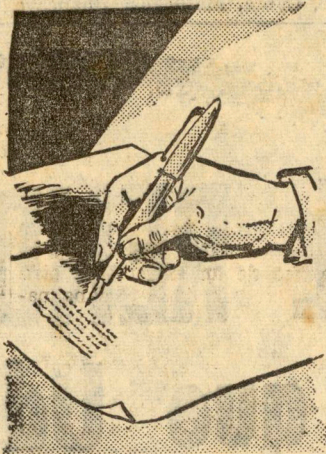
Un Poeta y los Afectos Humildes

por Sebastián Salazar Bondy

¿Por qué llamar "menor" a esta poesía intimista (1), a esta poesía que elige como motivos los seres, los objetos, los sucesos cotidianos? Tal vez Oscar Acosta ha querido indicar en el título el tono quedo, suave, confidencial, en que están dichos estos veinticinco poemas, y no, como podría parecer, reducir su importancia en relación a otra clase de efusiones líricas colmadas de plena sonoridad e intención imperiosa. Porque la lectura del último libro de este joven escritor hondureño, que desde hace algunos años desempeña una misión diplomática en Lima, nos revela desde sus primeros versos la personalidad tierna y afectiva de un autor que, por fin, luego de los previos tanteos y pruebas, descubre la índole de su temple lírico, la calidad de su sensibilidad, la notación espiritual de su obra. Acosta ha puesto la mirada en sí y en torno de sí, y naturalmente ha surgido esta serie poética fina y conmovedora.

Los latinoamericanos hemos heredado del modernismo literario un gusto muy particular por la poesía rotunda, policroma, brillante, y nos cuesta trabajo reconocer que, a despecho de la prosperidad que el lujo externo de la palabra tuvo en nuestras letras, también está a nuestro alcance la vena austera y quieta. El vanguardismo —suerte también de lirismo confiado a la imagen superficial, a la sorpresa de la imagen inusitada— acendró la tradicional inclinación a la pompa oral. Pero los afectos humildes, el amor a las silentes compañías de la naturaleza, el hogar o la calle, pueden muy bien fecundar páginas hermosas y trascendentales. Lo prueba esta "poesía menor" de

Oscar Acosta, que alude a las estrellas, a los rostros humanos, a los caballos, a los parques, a tantas cosas simples y, a veces, perfectas. Para la poesía no hay nada que no sea poético: todo



depende de quien la vierte, de la profundidad con que ella es revelada a través de las palabras. El poema de Antonio Machado a las moscas, a las torpes y monótonas moscas de todos los días, ¿no es acaso una pieza que, como la de Quevedo sobre el mismo asunto, tiene la eternidad que otras más pretenciosas no alcanzaron?

Para ilustrar con cuánto acierto Acosta ha logrado los poemas de su reciente libro conviene transcribir alguno. ¿Hay algo, a primera vista, más prosaico que el teléfono? Sin embargo, es "El teléfono" uno de los logros más significativos del libro comentado:

Suena el teléfono y tiembla su cuerpo desnudo. Viene tu voz amada atravesando
(sando
mares y países, lejanías y olvidos,
hasta llegar a mí, a nuestra habitación)

empobrecida por el recuerdo, ale-
(grande
las hojas del jardín, tocando las
(páginas
de tus libros dorados, limpiando el
(rocío
acumulado en los cristales y trans-
(formando,
por una gracia tuya, el aparato tele-
(fónico
en una rumorosa flor.

Neruda ha escrito sus "Odas elementales" (a la cebolla, al hígado, al diccionario, etc.) con el mismo propósito con que Acosta ha realizado esta poesía que él llama injustamente menor. No se trata, en el caso del poeta hondureño, de cánticos, pero sí de epigramas, y su objetivo, como el del gran creador de "Residencia en la tierra", es exaltar lo que de suyo pasa inadvertido y, no obstante, nos es necesario, nos es entrañable. Por ejemplo, "Las canciones" —otro de los poemas hermosos de esta colección—, cuya esencia rememorativa, cuyo poder emocional, cuya amistad, si cabe la expresión, nos es tan precisa: "Las canciones se cantan sin el más leve asombro / porque emergen de una voz que creemos haber enterrado". O "Los perros", en torno a los cuales se pregunta: "cómo envenenarlos por una disposición sanitaria / si sus amos cordiales están también rabiosos". Y así, "Los libros", "Los muros" y "Los pinos de Honduras", entre otros, a los que el poeta dedica sutiles ternezas.

El libro contiene lo que podría calificarse de definiciones poéticas: hay una indagación sobre el ser mágico, no sobre el ser real, de cada tema elegido. La poesía es una forma de conocimiento, y Acosta nos procura el fundamento ideal, perdurable, de los objetos descubiertos por su sensibilidad y singularizados por su pluma. Es esta la tarea del arte, y el autor de "Poesía menor" la ha llevado a cabo bellamente.

(1) OSCAR ACOSTA, "Poesía menor".— Lima, Perú, 1957.